

serable asesino D. Juan Bautista de la Torre, el cual fué materialmente hecho mil pedazos por los indios que estaban contra él sedientos de venganza.

De manera que cuando Rayon llegó á Zitácuaro, población que tiene tan esclarecido nombre en nuestra historia, no habia enemigo con quien combatir, á lo menos inmediatamente, el pueblo estaba orgulloso con la victoria y se contaba con un refugio seguro para que se pudiera al fin organizar la junta de gobierno y comenzar á trabajarse por la futura reunion de un congreso, que era una de las mas grandes aspiraciones del nuevo caudillo de la revolucion.

CAPITULO SETIMO.

LA JUNTA DE ZITÁCUARO.

—¡Demonio! exclamó el virey lleno de un furor satánico luego que recibió el parte de la completa derrota y muerte de su teniente D Juan Bautista Torre en Zitácuaro, este es el golpe mas furibundo que han sufrido nuestras armas y cuando ya creiamos que estaba extinguida la revolucion..... Señor secretario.

—Excelentísimo señor, dijo este apresurándose á presentarse.

—¿Hay nuevos pliegos?

—El que le manda á su señoria el general Calleja con el proyecto de reglamentacion para el armamento y pacificación del reino.

—Sí, ya sé, ese Calleja quiere meterse en todo como si fuera ya el que tuviera el mando supremo. Lo ví muy por encima y creo que es aceptable bajo

ciertas modificaciones. Ahora vamos á ocuparnos de lo que mas nos interesa.

—Estoy á las órdenes de vuestra excelencia.

—Me habia ocurrido una idea....

El virey no completó la frase y empezó á pasearse diciendo como si hablara consigo mismo:

—Ese Calleja sería capaz de desobedecerme si le mandara para ello una orden terminante, así es que necesito buscarle curvas. ¿Ha leído usted, señor secretario, el parte sobre el exterminio de Torre en Zitácuaro?

—He tenido el pesar de imponerme de todas las comunicaciones.

—¿Y bien?

—Encuentro que D. Juan Bautista, procedió con suma imprudencia.

—Era muy valiente para decapitar indefensos y muy medroso para la guerra: debí haberme fijado en sus cualidades. Ahora ¿cómo haremos para que Calleja se encargue de reducir á Zitácuaro?

—Nada mas sencillo, excelentísimo señor: ordenádoselo.

—¡Hum! Ese Calleja tiene muchas recámaras. Ya verá usted como busca pretextos plausibles para no obedecerme.

—¡Oh! exclamó el secretario como espantado de que hubiera en el mundo quien pudiera tener tal osadía.

—Lo mejor es hacerle una simple indicacion en

una carta y dar la comision á Empáran, lo cual no le ha de agradar mucho.

—¿Escribo las notas?

—Sí: á Calleja se le dice que el decoro de nuestro gobierno exige que se tome pronta venganza de lo sucedido à Torre y que mientras se ordena otra cosa ya dispongo que Empáran vaya á hacer un rudo escarmiento en los rebeldes. A ese gefe se le previene terminantemente que se ponga en marcha con su division y con las demás tropas que debe poner á sus órdenes el gefe de aquel ejército, especificando los regimientos mas aguerridos.

El secretario, acostumbrado á ser una máquina en cuanto á obediencia, se retiraba á escribir las cartas, pero Venegas que se sentia deseoso de descargar los malos humores de que estaba impregnado, le detuvo diciéndole:

—Para que redacte usted mejor las comunicaciones, voy á espresarle desnudo mi pensamiento. Quiero mortificar á Calleja hasta lo mas íntimo, picándole un poco su amor propio y como dándole á entender que se le fia esta importante campaña á Empáran porque es un militar menos amante de las comodidades, menos celoso de una gloria guerrera, que no pertenece mas que al soberano, y más obediente á las órdenes superiores. Se le puede dejar entrever que él mismo puede atacar á Zitácuaro si se siente con ánimo de hacerlo; pero que como estas operaciones no pueden retardarse, en caso que él tenga miedo ó por

cualquier motivo piense entorpecer el cumplimiento de esta determinacion del gobierno, hará bien en activar la marcha de Empáran de manera que no se tarde ni un segundo. Deseo que se sienta Calleja humillado un poco, tanto por la confianza que deposito en un gefe subordinado suyo, como por el hecho de cercenar algunas tropas de su ejército, sabiendo como sabemos que nunca quiere desprenderse de uno de sus soldados.

El virey, como pudo, siguió dando á conocer la ojeriza que tenia contra el orgulloso Calleja, que á todas horas queria imponer su voluntad y que estaba mas insolente desde su victoria alcanzada en el puente de Calderon, y el secretario pudo escribir las comunicaciones con toda la ponzoña que deseaba Venegas.

—Muy bien, dijo cuando se las hubo leído, y se puede decir, que nunca habia puesto en escrito alguno su rúbrica con mayor satisfaccion.

El correo fué despachado inmediatamente.

A guisa de bomba le cayeron á Calleja aquellas notas en su marcha de Zacatecas para Aguascalientes, y como Empáran habia recibido á su vez las órdenes directas del virey, no hubo mas remedio que acatarlas, y puso desde luego al mando de aquel gefe como unos dos mil quinientos hombres escogidos, no sin echar pestes contra Venegas que le mermaba así su ejército cuando más lo necesitaba, para distribuirlo en el interior como mejor cuadraba á sus proyectos.

Estos eran, segun el plan de que antes se hizo referencia, situar convenientemente todas las fuerzas realistas de modo que se dieran la mano y armar bien á las autoridades de los pueblos para que pudieran defenderse, aniquilando los recursos de que pudieran echar mano los indios, pues que para ellos no habia mas que prohibiciones y castigos.

Empáran se situó con su ejército de operaciones en Maravatio, en donde se ocupó en organizarse hasta donde le fué posible para no sufrir un fracaso; pero el virey se impacientó de tal lentitud, y entonces ya dijo terminantemente á Calleja: «Es, pues, indispensable que vuestra señoría venga á hacerse cargo de la expedicion de Zitácuaro.»

—Como la mona! exclamó el general luego que hubo acabado de leer esta carta.

Y á renglon seguido hizo redactar una exposicion en que se reseñaban como unas treinta y tantas dificultades, concluyendo con manifestar que lo que era él marchaba desde luego á San Luis para reponer los destrozos que habia sufrido en Guanajuato.

Un mechon de cabellos se arrancó Venegas cuando recibió esta exposicion de Calleja en que, si no en la forma, en el fondo lo desobedecia con arrogancia imperdonable.

—¡Juro que me la ha de pagar! murmuró, y entonces volvió á escribir á Empáran, casi injuriándolo, para obligarlo á ponerse en marcha sin mas excusas, inmediatamente.

Así lo hizo Empáran aunque protestando en su in-

terior contra tal exigencia, y después de dos días de marcha penosísima en que fué necesario ir abriendo brecha con hachas, logró ocupar la loma de los Manzanos á la vista del enemigo que le estaba esperando en sus posiciones.

A la sazón, Rayon mandaba en jefe en Zitácuaro, y era quien había dictado las disposiciones con toda calma para la defensa, con una fuerza que no pasaba de mil hombres armados, aunque fueran muchos los indios de los pueblos más cercanos dispuestos á echarse sobre los realistas en el momento oportuno.

Por la tarde del 21 de Junio Empáran destacó dos compañías para que fueran á proveerse de víveres en S. Mateo, las cuales fueron destrozadas á tal punto que no regresó uno solo de los soldados. Quiso tomar desquite en el acto mandando una columna á apoderarse de una posición dominante que ocupaban los insurgentes, pero estos se defendieron tan bien que hicieron replegar en desorden á sus contrarios.

—¡Ira de Dios! exclamó el moderado Empáran, empezado á perder los estribos, me sospecho que me han enviado aquí como á Torre á sacrificarme. No, pues yo les demostraré que conozco el arte de la guerra y ya verán mañana como tomo todo el desquite que es necesario.

Empáran casi no durmió discutiendo diversos planes, sin pronunciarse abiertamente por ninguno, como sucede en las situaciones singularmente comprometidas.

Quando amaneció el día 22 ya Empáran había hecho distintas recomendaciones á sus jefes y oficiales subalternos, distribuyéndoles sus cargas.

El plan de Empáran había sido, por fin, no atacar los parapetos, sino provocar la salida del enemigo presentándose formado en batalla.

—Sería raro que no produjera su efecto en los independientes una provocación semejante y principalmente estando con ellos Rayon que presume de buen general, había dicho á su segundo el teniente coronel Castro á quien había dado á mandar la línea de vanguardia.

Esta se formó del primer batallón de Nueva España, del batallón de Granaderos y del primero de la Corona, con ocho piezas de artillería y apoyados los flancos por los regimientos de México y S. Luis, mandados por Armijo y Bustamante.

La segunda línea la formaban fuerzas de Celaya, Río Verde y San Carlos con dos piezas de artillería.

El parque y bagajes estaban á retaguardia de la primera línea.

Como lo había previsto Empáran, Rayon hizo saltar á los suyos las trincheras y venir á provocar al enemigo en su campo, aunque protegido por la artillería desde los puntos más dominantes.

Apenas se habían roto los fuegos, cuando el jefe independiente D. José M. Oviedo, por ardo natural, ó porque hubiera equivocado una de las señales de antemano convenidas, se precipitó con ímpetu sobre el centro de la línea enemiga dando una carga de ca-

ballería que fué rechazada con facilidad con la metral-
la y la fusilería, siendo un ataque aislado y emprendido á la vez con torpeza y temeridad.

Rayon, viendo trastornados todos sus planes por la imprudencia de aquel gefe, ya no intentó el ataque general que se proponía con el auxilio de los indios, que deberían aparecer tirando piedras por la retaguardia del enemigo en el momento del combate, y revocando todas las órdenes que habia dado en ese sentido, se volvió á ocupar sus antiguas posiciones.

Esto fué tambien un trastorno para Empáran que no pudo impedir á los suyos que siguieran á los que se retiraban, quienes cubiertos ya con sus parapetos hicieron una porfiada resistencia, rechazando cuantos ataques estuvieron emprendiéndose en el resto del dia con pérdidas inmensas para los asaltantes, que peleaban á pecho descubierto.

Otros dos incidentes con que no se contaba vinieron á empeorar la situacion de los realistas, y fueron el de haberse inundado el terreno que ocupaban, con motivo de la orden que dió Rayon para que se abrieran los diques que detenian las aguas y el haberse desatado un fuerte aguacero que no les permitia hacer con desembarazo ninguna maniobra.

De manera que con el agua á las rodillas y sin poder retirarse de las desigualdades del terreno que los abrigaba, sin el peligro de ser acabados por la metral-
la, tuvieron que permanecer peleando todo el dia, hasta que protegidos por las sombras de la noche

volvieron maltrechos y acongojados á su loma de Manzanillos en donde sin tener que cenar continuaron empapándose.

Algunos ociosos de Zitácuaro discurrieron una travesura que fué á introducir la mayor confusion en el campamento de Empáran. Reunieron hasta un centenar de jumentos y á cada uno le ataron un faro al cuello con una mecha encendida empujándolos en direccion á la loma que los realistas ocupaban. Ya se puede figurar cada uno de los lectores lo que allí pasaria en medio de una noche oscura, viéndose discurrir por los campos aquel enjambre de seres extraños que han de haber tenido movimientos incomprendibles! Los historiadores dicen que fueron muchos los soldados que se asoraron y emprendieron la fuga.

¿Qué habia de hacer Empáran al dia siguiente? Reunir á los dispersos que fuera posible y con ellos emprender una retirada violenta, dejando regados por el camino los cañones, los equipajes, los fusiles y hasta el dinero. Ni un momento dejó de ser hostilizado en su marcha, de manera que cuando llegó á Tolimán no llevaba arriba de ochenta hombres de su division y éstos en un estado lastimoso.

Entre tanto, ya se supone que clase de festejos se harian en Zitácuaro con esta victoria. Se distribuyeron los despojos del enemigo entre los vencedores y se dieron al pueblo tres dias de regocijos públicos, de que vinieron á disfrutar los vecinos de cincuenta leguas á la redonda.

Después que se hubieron repuesto un tanto en Zimacuaró de los males que había causado la guerra, después que se había dado la mejor organización á las tropas que deberian seguir formando el pié veterano de aquel ejército, y de haber comunicado Rayon sus proyectos sobre formación de un gobierno á las personas que lo rodeaban, se convino en celebrar la primera junta ya de un modo formal y solemne, el 19 de Agosto de 1811, á la que concurren Rayon, Liceaga, D. Ignacio Martínez, mariscal de campo; D. Tomas Ortiz; D. Benedicto López, mariscal de campo; D. José Vargas, brigadier; D. Juan Albarran, brigadier; D. José Ignacio Ponce de Leon, cuartel-maestre general; D. Manuel Manso, comisionado general; D. José Miguel Serrano, coronel; D. Remigio de Yarza, D. Ignacio Izaguirre y D. José Sixto Berdusco, cura de Tuzantla.

Entonces Rayon les espuso las razones que había tenido para convocarlos, que eran principalmente, la necesidad que se venia notando de la falta de unidad en las determinaciones, en los movimientos militares y en las tendencias de la revolucion, á cuyo fin se hacia indispensable que se estableciera un gobierno interino, el cual había de proveer á todo cuanto se fuera ofreciendo, mientras podia convocarse un congreso en que la Nacion estuviera legitimamente representada.

Como ya todos estaban de acuerdo en estas ideas, con facilidad convinieron en los puntos principales que

se debieran adoptar, quedando en la segunda junta definitivamente aprobada el acta siguiente:

“El Señor Don Fernando Séptimo y en su real nombre la Suprema Junta Nacional Americana, instalada para la conservación de sus Derechos, Defensa de la Religion Santa é indemnizacion y libertad de nuestra oprimida Patria:

“La falta de un Jefe Supremo en quien se depositasen las confianzas de la Nacion y á quien todos obedeciesen nos iba á precipitar en la mas funesta anarquía; el desorden, la confusion, el despotismo y sus consecuencias necesarias eran los amargos frutos que comenzábamos á gustar después de once meses de trabajos y desvelos incesantes por el bien de la Patria. Para ocurrir á tamaño mal y llenar las ideas adoptadas por nuestro Gobierno y primeros representantes de la Nacion, se ha considerado de absoluta necesidad erigir un tribunal á quien se reconozca por supremo y á quien todos obedezcan, que arregle el plan de operaciones en toda nuestra América y dicte las providencias oportunas al buen orden político y económico. En efecto, en junta de Generales celebrada el 19 de este Agosto, se acordó en su primera, la instalacion de una Suprema Junta Nacional Americana, compuesta por ahora de tres individuos, quedando dos vacantes para que las ocupe, cuando se presente ocasion, igual número de sujetos beneméritos. Se acordó tambien en la segunda, que la eleccion recayese en las personas de los Exmos. Señores Lic. D. Ignacio Rayon, Ministro de la Nacion Dr.

D. José Justo Berdusco, y Teniente General D. José María Liceaga. Y para que llegue á noticia de todos y sus Ordenes, Decretos y disposiciones sean puntual y eficazmente obedecidos, se publica por bando, el que se fijará según estilo en los lugares acostumbrados para su observancia y debido cumplimiento, debiendo solemnizarse con las demostraciones más demostrativas de júbilo un establecimiento que nos hace esperar muy en breve la libertad de nuestra patria con la combinación de ser castigados los contraventores con proporción á su inobediencia. Dado en nuestro Palacio Nacional de la Villa de Zitácuaro, á veintinueve días del mes de Agosto de mil ochocientos once.—Firmado.—*Lic. Ignacio Rayon.—Dr. José Sixto Berdusco.—José María Liceaga.*—Por mandato de Su Magestad la Suprema Junta Nacional.—*Remigio de Yarza, secretario.*”

La *Suprema Junta Nacional Americana*, que fué el nombre que adoptó para sus trabajos, entró desde luego en vertiginosa actividad, espidiendo proclamas, decretos y circulares, mandando comisionados para todos los rumbos, publicando periódicos y dictando tantas y tales medidas, que hizo ver en ella al virey una poderosa rival, á quien era preciso destruir por la fuerza ó por la astucia, y de ambos medios se valió, según lo veremos más adelante.

Calleja puso á precio la cabeza de Rayon, y la misma revolución que parecía reducida á sus últimos atrincheramientos, tomó nuevo impulso, dando al go-

bierno, que contaba con la fuerza organizada, mayor número de víctimas.

La imprenta de que se sirvió la Junta del gobierno independiente, fué formada con pedacitos de madera con una paciencia que apenas puede concebirse.

Con razón la historia patria ha consagrado alreuerdo de tan insignes varones esta frase indeleble: Honor eterno á la Junta de Zitácuaro!